

# Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

## No al temor y la tristeza

Con la Iglesia universal este mes celebramos el tiempo de Pascua. Es un tiempo de gozo y de alegría, un tiempo de victoria y de fiesta.

Por eso, el verdadero cristiano es incapaz de vivir al margen de la alegría pascual. Por Cristo ha sido introducido e instalado en la alegría, entregado a la alegría.

En su vida no puede ya existir el fracaso: ni el pecado, ni el sufrimiento, ni la muerte son ya para él obstáculos insuperables. Todo es materia prima de redención, de resurrección: porque en el centro mismo de su pecado, de sus sufrimientos y de su muerte, le espera Jesucristo vencedor.

El Señor resucitado ha llenado al mundo de gozo. Y si nos fijamos en los Evangelios nos damos cuenta que hay dos cosas que Cristo reprocha especialmente a sus discípulos: **el temor y la tristeza**.

*“Llenos de miedo creían ver un fantasma”*, dice de ellos. *“Mujer, ¿por qué lloras?”*, le dice Cristo a María Magdalena, cuando le aparece, cerca del sepulcro. También los discípulos de Emaús *“se detienen entristecidos”*, cuando se les aparece el Señor. Y siempre Jesús les echa en cara su miedo y su tristeza.

Hemos de preguntarnos, si esta actitud no es también la nuestra. Hemos de examinarnos si nuestra religión personal no es también una religión de tristeza y de terror. Porque muchos cristianos se han construido entre Dios y ellos un muro de desconfianza, de malentendidos, de miedo y de distanciamiento.

Aceptar creer en la alegría es casi aceptar a renunciar a nosotros mismos. Nuestra tristeza y nuestro miedo son las medidas de nuestro apego a nosotros mismos, a nuestra experiencia, a nuestra desconfianza, a nuestras quejas.

Estas son entonces las preguntas que Cristo nos plantea en este tiempo Pascual:

¿Crees tú que yo puedo resucitar a ese muerto que eres tú y a todos los demás muertos que te rodean? ¿Crees tú que yo puedo darte a conocer una vida en la que te gustaría vivir para siempre? ¿Crees tú que yo puedo despertarte a esa vida nueva?

Lo esencial no es resucitar dentro de diez o treinta años, sino vivir y resucitar en seguida. Para que podamos experimentar una vida nueva, tenemos que morir en seguida: morir a nuestras faltas, a nuestras tristezas, a nuestros resentimientos y a nuestras lamentaciones.

Sólo de este modo podremos también resucitar en seguida, resucitar a la paz, a la fe, a la esperanza, al amor y a la alegría. Sólo así existe Pascua para nosotros.

Por eso, si Dios está conmigo, no puedo tener miedo. Al contrario, mi preocupación más grande debería ser: estar despreocupado en cada momento, no por negligencia, sino porque confío en Dios. Es más fuerte siempre aquel que tiene a Dios por aliado.

Y hoy en día los sentimientos de temor o impotencia contra los oscuros riesgos y amenazas de la vida son más grandes que nunca y nos acompañan a cada paso. Nos angustiamos por la situación económica social de nuestra patria. Por el futuro político de nuestro pueblo.

La verdadera fe es una confianza total en Cristo, quien en todos los peligros trae ayuda y salvación. Jesús es salvación aún cuando duerma y parezca no preocuparse por los suyos. Desde el momento en que Él está en la barca, no tienen nada que temer. Porque no pueden perecer en compañía de Jesús: no pueden ir con Él en la misma barca y hundirse. Él puede, Él va a salvarlos, aún durmiendo.